

EL GIRO OTRO DE LA AGROECOLOGÍA: LAS AGROECOLOGÍAS OTRAS INTEREPISTÉMICAS Y LOS MUNDOS AGRICULTURALES¹

Leyson Jimmy Lugo Perea

Universidad del Tolima

Ibagué – Tolima - Colômbia

E-mail: ljlugop@ut.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5769-8591>

Recebido em 28/10/2021 aceito em 17/11/2021.
DOI: <http://doi.dx.org/10.5380/guaju.v8i0.83462>

Resumen

El presente escrito aborda una crítica a la agroecología como ciencia “occidentalizada” y, a su vez, propone algunas reflexiones, ideas y aproximaciones para “des-occidentalizarla” o descolonizarla, tomando como referencia el pensamiento decolonial latinoamericano. En tal sentido, el escrito se divide en tres partes así: la primera hace una breve contextualización de las agroecologías otras interepistémicas como un paradigma otro fronterizo o, como lo sugiere el pensamiento decolonial, un paradigma ubicado en los bordes o fronteras de la razón occidental. La segunda propone la dimensión interepistémica de las agroecologías otras a partir de las epistemes localizadas, territorializadas, corporalizadas y encarnadas en la subjetividad de los sujetos Agri-Cultores subalternizados. Por último, se propone la dimensión ontológica a partir de los mundos agrícolas, entendidos estos como una trama relacional entre los sujetos humano, planta y animal.

Palabras clave: Agroecologías Otras. Descolonización. Mundos Agrícolas. Occidentalización. Agroecologías Fronterizas.

¹ Gran parte de las reflexiones abordadas en este escrito fueron publicadas por el autor en Lugo (2019).

The other turn of the agroecologie: the other inter-epistemic agroecologies and the agricultural worlds

Abstract

This paper takes a critical look at agroecology as a 'westernised' science, and therefore proposes some considerations, ideas and approaches for 'de-westernising' or decolonising agroecology using Latin American decolonial thought as a reference point. To that effect, the paper is divided into the following three parts. Firstly, a brief contextualisation of other inter-epistemic agroecologies as another crossing paradigm or, as decolonial thought suggests, a paradigm on the border or limit of western reasoning. Secondly, the inter-epistemic dimension of other agroecologies based on localised, territorialised, embodied and embedded epistemes in the subjectivity of subordinating agriculturist subjects. Finally, the ontological dimension based on the agricultural worlds perceived as an interwoven relationship between human, plant and animal subjects.

Keywords: Other Agroecologies. Descolonization. Agricultural Worlds. Westernization. Border Agroecologies.

A virada outra da agroecologia: as agroecologias outras inter-espistêmicas e os mundos agrícolas

Resumo

Neste texto aborda-se uma crítica à agroecologia como ciência "ocidentalizada", e por sua vez, propõe algumas reflexões, ideias e aproximações para "des-ocidentalizá-la" ou decolonizá-la, tendo como referente o pensamento decolonial latino-americano. Neste sentido, o trabalho foi dividido em três partes: na primeira, se faz uma breve contextualização das agroecologias outras inter-epistêmicas entendidas como um paradigma outro fronteiriço, ou como é sugerido pelo pensamento decolonial, um paradigma localizado nas bordas ou fronteiras da razão ocidental. Na segunda parte, propõe-se a dimensão inter-epistêmica das agroecologias outras a partir das epistemes localizadas, territorializadas, corporificadas e encarnadas na subjetividade dos sujeitos Agri-Cultores subalternizados. Finalmente, propõe-se a dimensão ontológica a partir dos mundos agrícolas, entendidos como um emaranhado relacional entre os sujeitos humano, planta e animal.

Palavras-chave: Agroecologias Outras. Decolonização. Mundos Agrícolas. Ocidentalização. Agroecologias de Fronteira.

Introducción

Las reflexiones que se presentan en este escrito son resultado de intereses académicos e investigativos del autor en torno a un cuestionamiento crítico a la agroecología en tanto ciencia y práctica, a partir de dos presupuestos centrales. El primero de ellos es que la agroecología ha constituido sus bases ontológicas y epistémicas desde la racionalidad moderna occidental. En esto no hay nada novedoso ni original, pues sobre la occidentalización de las ciencias se ha dicho bastante. No obstante, y viene aquí el segundo presupuesto, resulta curioso que la agroecología haya terminado “atrapada” por dicha racionalidad hegemónica, toda vez que esta emergió durante la segunda mitad del siglo XX, precisamente, como un campo crítico, contrahegemónico, frente a la crisis ambiental generada por el proyecto civilizatorio occidental, el cual provocó, entre muchos otros aspectos, la inserción de las agriculturas en una matriz industrial configurada por las relaciones de poder agrocapitalista, a partir de unos saberes corporativos y una racionalidad técnica degradante. Lo que se quiere indicar con estas apreciaciones es que la agroecología contrahegemónica fue hegemonizada o, si se quiere, “occidentalizada”, por lo que objetivó las agriculturas en la estrecha categoría de agroecosistemas, instrumentalizó al sujeto, y sus saberes, como un “productor” dispuesto a administrar plantas y animales y, por tanto, dispuesta o funcional a las relaciones de poder agrocapitalista, a partir de una racionalidad ecológica y orgánica.

De acuerdo con lo anterior, en este escrito se abordan una serie de reflexiones, críticas, ideas, aproximaciones que, además de ampliar los argumentos antes expuestos, contribuyen al debate en torno a la necesidad de “des-occidentalizar” o descolonizar la agroecología como ciencia y práctica, esto es, una agroecología que se desmarque de la racionalidad moderna occidental, se ubique en las fronteras de la misma y “re-constituya” su haber ontoepistémico a partir de una multiplicidad de saberes y prácticas otras relegadas, apartadas, negadas, encubiertas, invisibilizadas por el poder colonial. Para ello, se propone, desde la perspectiva decolonial, un giro otro de la agroecología a partir de la “re-constitución” de las agroecologías otras intepistémicas como una “ciencia” o un “paradigma” otro, cuyo sujeto, no de estudio sino de comprensión, sean los mundos agrícolas. Conviene aclarar que esto no implica abordar una postura radical antimoderna sino, por el contrario, una postura crítica que implique ruptura, distanciamiento de la racionalidad moderna occidental con el propósito de detectar y cuestionar sus límites, así como des-cubrir y visibilizar la multiplicidad de prácticas, racionalidades, experiencias, historias, espiritualidades, ritualidades, narrativas

otras que emergen en, desde y para las agriculturas relegadas por el proyecto hegemónico civilizatorio, a partir de las cuales es posible definir el “armazón” ontológico y epistémico sobre el que se pueden constituir las agroecologías otras interepistémicas.

Las agroecologías otras interepistémicas. Un paradigma otro fronterizo

Conviene aclarar que en las anotaciones siguientes no se mostrarán las bases ni la estructura de una nueva ciencia agroecológica, pues ello trasciende los límites y alcances de este escrito. Lo que se pretende es exponer algunas críticas, reflexiones, ideas, aproximaciones en torno a lo epistémico y lo ontológico, así como evidenciar diferentes aspectos que podrían contribuir en la emergencia de un paradigma (agroecológico) otro, desde los bordes o las fronteras de la agroecología dominante, esto es, aquella agroecología que emergió como un campo crítico contrahegemónico durante la segunda mitad del siglo XX, pero que terminó “atrapada” por los presupuestos ontoepistémicos de la racionalidad moderna occidental. Se espera que estos aspectos puedan contribuir en un posible proceso de descolonización de la agroecología, esfuerzo que, sin lugar a dudas, compromete a la tradición agroecológica, pues suya es la responsabilidad de re-pensar la agroecología por fuera de los presupuestos modernos que la constituyen, ya que, si bien esta ciencia y práctica emergió como una postura contrahegemónica, contracorriente, fuimos los agroecólogos quienes, orientados por los métodos occidentales, la hicimos contradictoria consigo misma al conducirla por el camino epistemológico y ontológico hegemónico.

La dimensión interepistémica de las agroecologías otras

El propósito de (re) pensar la agroecología como un paradigma otro o como una episteme otra, estriba en la necesidad de hacer una ruptura epistémica con la racionalidad moderna occidental que permeó las “intenciones” contracorrientes, contrahegemónicas, desobedientes que alentaron la emergencia de la agroecología; toda vez que el término agroecología no se corresponde con lo que dichas “intenciones” sugerían, si se tiene en cuenta que lo que se concibió como agroecología se ha confundido con una agronomía ecologizada que imprime el mismo sentido industrial a la agricultura. Esto es, una agroecología reducida a “un conjunto de ecotecnias que deben integrarse a la caja de herramientas del modelo

(...) industrial" (GIRALDO; ROSSET, 2016, p.16)². Pensar en la agroecología como paradigma otro implica entrar en desobediencia epistémica con esa agroecología occidentalizada, que quedó incrustada en los pedestales modernos que dan forma y sostienen al modelo hegemónico civilizatorio, en este caso, en clave de cosificación de las agriculturas y las subjetividades en torno a ellas.

La postura desobediente a la que se está haciendo referencia, permitirá re-pensar, re-significar, re-constituir la apuesta ontológica, política y epistémica de la agroecología no sólo en, desde y para las agriculturas marginadas por el proyecto civilizador moderno, sino también en, desde y para las subjetividades que las crean y las re-crean como mecanismos de resistencia frente a las pretensiones modernizadoras de dicho proyecto. De este modo, la propuesta de una agroecología otra o, atendiendo a la ontología de las diferencias, agroecologías otras intepistémicas, abocaría a la diversidad y diversalidad de racionalidades asentadas en las historias y las experiencias locales relegadas, hasta constituirse en un paradigma otro "(...) que conecta formas de pensamiento "emergentes" en las Américas (...). [Un] pensamiento crítico y utopístico que se articula en todos aquellos lugares en los cuales la expansión imperial/colonial le negó la posibilidad de razón, de pensamiento y de pensar el futuro" (MIGNOLO, 2000, p. 20)³. Estos pensamientos emergentes, como bien se sabe, además de ser negados fueron sustituidos por la racionalidad occidental, mediante la colonización del saber y, en consecuencia, la constitución de subjetividades que reprodujeron la cosmovisión occidental como el modo universal de ser y estar en el mundo, en detrimento de la potencialidad de la diversidad epistémica de dichas subjetividades.

Si bien las agroecologías otras se irán aclarando a lo largo de estas reflexiones, de momento se dirá que con ello se está haciendo alusión a la pluralidad de prácticas y experiencias agrícolas relegadas, negadas, ocultadas por el poder colonial, que convergen en los territorios y que son resultado de la multiplicidad de epistemes locales, al tiempo que estas son resultado de dichas prácticas y experiencias. Esta multiplicidad de agroecologías emerge y se reproduce en las experiencias e historias locales subalternizadas, constituidas por una complejidad intepistémica o, siguiendo la lógica de la colonialidad del poder, por un conjunto de epistemes otras encarnadas en las subjetividades que fueron históricamente apartadas del canon generador de teorías y de conocimientos universales,

2 Para una ampliación respecto a la crítica de la agroecología dominante u "occidentalizada", se recomienda leer a Lugo y Rodríguez (2018).

3 Los corchetes son del autor.

por el simple hecho de estar ancladas (corporalizadas) en territorios no eurocéntricos. De ahí que el término “propuesta” aluda a la visibilización de las agroecologías otras en referencia.

Con esto no se pretende negar o ignorar la racionalidad occidental, pero tampoco subyugarse a ella. Lo que se pretende es hacer una ruptura que permita detectar sus límites, para ver con claridad la emergencia de las agroecologías otras desde los bordes o las fronteras del pensamiento moderno occidental, desde el cual emergen las agroecologías otras, pues desde allí es posible vislumbrar esas agroecologías otras territorializadas, corporalizadas en las subjetividades que las constituyen en modos de ser, hacer y conocer. Cabe aquí preguntar ¿por qué, para proponer o, mejor aún, hacer visibles a las agroecologías otras, es necesario “mirar” desde los bordes o las fronteras de la racionalidad moderna sobre la que se constituye la agroecología occidentalizada?

Una posible respuesta a este interrogante es porque desde los bordes o las fronteras es posible construir nuevos lugares de enunciación de esas agroecologías otras, a partir de los saberes de los sujetos colonizados, subalternos, racializados que fueron relegados de la modernidad, de ahí que dichos bordes o fronteras sean considerados como el hogar de las epistemes otras, el hogar de las experiencias y las historias locales que construyen pensamientos otros, subjetividades otras, racionalidades otras, en cierta medida, desconocidas. Esto se entiende mejor si se tiene en cuenta la crítica que Mignolo (2000) establece a la epistemología denotativa y territorial, y su comparación con las epistemologías subalternas, las cuales, entre otros aspectos, se constituyen en los presupuestos epistémicos y ontológicos de las agroecologías otras.

En términos generales, la epistemología denotativa corresponde a la epistemología hegemónica, que, siguiendo al autor, enfatiza en la denotación y la producción de verdades universales, mientras que las epistemologías subalternas, lejos de producir verdades, enfatizan en la representación y la transformación como expresión de la diferencia colonial. Esto guarda estrecha relación con el reclamo que desde las Epistemologías del Sur se hace a la monopolización que la teoría general (occidental) hace de las diversidades del mundo, reduciéndolas y ajustándolas a un hegemónico canon ordenador y homogeneizador, pues “no existe una teoría general que pueda cubrir adecuadamente todas estas diversidades infinitas del mundo. Por eso hay que buscar formas plurales de conocimiento” (SANTOS, 2011, p. 17). Frente a esto, la producción de verdades como fundamento absoluto pierde congruencia. De acuerdo a estas consideraciones, podría decirse que la agroecología occidentalizada encaja en la epistemología denotativa por las razones hasta ahora expuestas,

mientras que las agroecologías otras encajarían en las epistemologías subalternas, pues no sólo representan los saberes marginados, sino también la voluntad de transformar y exigir transformaciones en justicia de los sujetos subalternizados.

Estas epistemologías subalternas no sólo han estado ocultas sino también hegemonizadas por la epistemología denotativa y territorial, de ahí que si se exploran con detenimiento las concepciones clásicas de la agroecología occidentalizada (o agronomía ecologizada), se pueden hallar implícitos unos bordes que sólo pueden ser reconocidos desde los bordes o las fronteras, los cuales han pasado inadvertidos para la tradición agroecológica, en razón a su obediencia a los métodos occidentales. Para ilustrar mejor estas consideraciones, se retomarán dos concepciones sobre la agroecología occidentalizada que, como fácilmente podrá observarse, permiten, desde perspectivas distintas, apreciar la existencia de las agroecologías otras que han sido hegemonizadas. La primera de ellas concibe la agroecología como:

Un nuevo campo de conocimientos, un enfoque, una disciplina científica que reúne, sintetiza y aplica conocimientos de la agronomía, la ecología, la sociología, la etnobotánica y otras ciencias afines, con una óptica holística y sistémica y un fuerte componente ético, para generar conocimientos y validar y aplicar estrategias adecuadas para diseñar, manejar y evaluar agroecosistemas sustentables (SARANDÓN; FLÓREZ, 2014, p. 55).

Como puede apreciarse, esta agroecología (occidentalizada) constituye un universalismo abstracto mediante el cual, además de disolver las experiencias e historias locales, esto es, las particularidades de las subjetividades subalternas, proclama una mirada neutral, objetiva y universal de las agriculturas⁴. De allí su insistente pretensión de "(...) generar conocimientos [universales] y validar y aplicar estrategias [universales] adecuadas para diseñar, manejar y evaluar agroecosistemas sustentables [que, en consecuencia, también son universales]" (SARANDÓN; FLÓRES, 2014, p. 55)⁵. Con la universalización de las agriculturas en la estrecha categoría de agroecosistema, se reduce su complejidad y se diluyen las prácticas y los conocimientos de otro modo distinto al occidental, pues cada agricultura y los modos de ser, hacer y conocer alrededor de éstas, le imprimen particularidades que las hacen distintas unas de otras.

4 Se cumple aquí la crítica que Grosfoguel (2011) hace a la racionalidad occidental, al privilegiar la ego-política del conocimiento sobre la geo-política del conocimiento (los territorios donde se reproducen las experiencias e historias locales) y la corpo-política del conocimiento (la subjetividad e intersubjetividad subalternizada).

5 Los corchetes son del autor.

Además de cosificar e instrumentalizar las agriculturas, así como de reducir las a la abstracta categoría de agroecosistema, la agroecología occidentalizada sugiere la idea de que este es un objeto universal que puede ser científicamente operado, manipulado, intervenido, orientado del mismo modo sin importar el lugar dónde se encuentre. En suma, la objetivación de las agriculturas como un ente externo a los sujetos que las crean y las re-crean. Esto es un tópico propio del pensamiento occidental al concebirse la idea de un agroecosistema “deslocalizado”, pero que, mediante la teoría agroecológica, puede ser localizado en cualquier parte; lo que lleva a pensar que la complejidad de las agriculturas de los sujetos colonizados, subalternos, además de ser reducidas a simples agroecosistemas, requiere del saber científico occidental agroecológico para su diseño, manejo y evaluación. En tal caso, las epistemes localizadas, telúricas, corporalizadas que “dan forma” a los tejidos agrícolas no cuentan si de neutralidad, objetividad y universalidad se trata⁶.

Es aquí donde los saberes tradicionales entran en juego, pues la agroecología occidentalizada los asume, en primera medida, como un fenómeno cultural potencialmente útil para efectos de productividad. De allí que se les considere el derivado de una variedad cultural que ha coevolucionado con las condiciones naturales, por lo que es necesario darle presencia en el desarrollo técnico científico (ALTIERI, 1991). La “presencia” que se le ha dado al conocimiento local se ha agotado en un simple referente de “cómo funcionan las cosas” en las plurirrealidades agrícolas susceptibles de sistematización, para ensamblarlo en el “desarrollo técnico científico” agroecológico, el cual determina su validez, pues muchos de los conocimientos locales no son aceptados por carecer de lógica (científica) y, por tanto, obedecen a instintos, suposiciones, intuiciones.

Es importante resaltar que el conocimiento local o tradicional fue una invención eurocéntrica para legitimar la epistemología occidental, lo cual constituyó una relación tanto de poder como de encubrimiento, al nombrar los conocimientos de los otros (no occidentales) como tradicionales, porque no piensan como el yo (occidental). Esto es, una distinción entre el conocimiento científico y no científico. Beltrán (2017, p. 118) dice al respecto que esta distinción revela una dimensión de dominación epistémica, pues “cuando se afirma la existencia de un “conocimiento científico” se dice a su vez Yo conozco. (...). Cuando se reconoce la existencia de los “conocimientos tradicionales” se dice a su vez “Otros conocen” pero “no como Yo” (BELTRÁN, 2017, p. 118). En síntesis, este encubrimiento

6 Quizá el lector refute esta idea arguyendo que la agroecología sí incluye los saberes tradicionales en su haber epistémico, en lo que estaríamos de acuerdo; sin embargo, tal inclusión es susceptible de importantes críticas a las que me referiré en párrafos posteriores.

epistémico del otro lleva a la ubicación de lo científico en un lugar de enunciación universal, y lo no científico en una dimensión local, tradicional, atrasada.

Lo que se quiere indicar con estos argumentos es que, al considerar los saberes tradicionales como un referente cultural, y no como un constructo que emerge como una episteme territorializada a partir de la cual se generan diversos marcos de comprensión, éstos serán sometidos al tamizaje, a la prueba, a la validación, a la comprobación científica que permita “escoger” únicamente aquéllos que tengan correspondencia (lógica) con las (superiores) teorías agroecológicas. Escobar (1999, p. 38), señala que “pocas veces se dan cuenta los expertos modernos que los conocimientos populares son complejas construcciones culturales que involucran no los objetos en sí, sino procesos que son profundamente históricos y relacionales”. Esto es y será así toda vez que la racionalidad occidental no acepta teorías y verdades carentes de fundamento científico-experimental. Por esta razón, por más que hayan sido milenariamente “validados” en una multiplicidad de realidades agrícolas, los saberes tradicionales no dejarán de ser un simple referente cultural que puede contribuir útilmente en el diseño, manejo y evaluación de los agroecosistemas, por lo que ocuparán un lugar inferior en la escala del conocimiento en la que, naturalmente, la “episteme agroecológica occidental” será superior. Sin embargo, como se mostrará más adelante, desde las agroecologías otras los saberes, lejos de ser un referente cultural, son un complejo constructo a partir del cual constituye su “estatuto” interepistémico.

La segunda concepción se retoma de otro autor clásico de la tradición agroecológica que ha hecho notar, en muchas de sus observaciones, ciertas “insinuaciones” sobre las agroecologías otras. Se trata del profesor colombiano Tomás León Sicard, quien a pesar de entender a la agroecología en y desde la racionalidad moderna occidental, le ha conferido un modo ciertamente crítico, al considerarla una ciencia ambiental⁷. Lo que interesa destacar del autor es un párrafo clave de uno de sus textos más conocidos, el cual lleva implícito un contenido decolonial que ni siquiera el mismo autor advierte. Veamos por qué. Para León (2014, p. 27):

La dificultad de su aceptación general [de la agroecología] desde la agronomía tradicional se da porque la agroecología constituye una ciencia ahí donde antes no había más que fragmentos o, por el contrario, ahí donde se consideraba (pero en la práctica no se reconocía) que existía un continuum de experiencias, conocimientos, prácticas y efectos de la agricultura que la

⁷ Se dice *ciertamente* ya que la ciencia ambiental a la que se refiere está enmarcada en los presupuestos modernos de cultura y naturaleza, con lo que se mantiene el dualismo ontológico de la cosmovisión occidental.

vertían inexorablemente sobre la sociedad y que la obligaban a recibir las reacciones y demandas de esa misma sociedad, pero que las ciencias agrarias nunca reconocieron como parte de sus preocupaciones epistemológicas⁸.

El autor, aun sin hacer referencia explícita a la decolonialidad, se refiere a las agroecologías otras⁹, toda vez que alude a la agroecología como *una ciencia ahí donde antes no había más que fragmentos*, esto es, los territorios marginados, subalternizados por la episteme (técnico agronómica) occidental en los que, pese a su influencia, confluyen unas racionalidades e intersubjetividades otras. A esto se añadiría la notable colonización epistémica y ontológica que, insisto, sin proponérselo, denuncia cuando indica que:

[...] ahí donde se consideraba [bordes o fronteras] (pero en la práctica no se reconocía [se negaba]) que existía un continuum de experiencias [e historias locales], conocimientos [otros], prácticas [otras] y efectos [otros] de la agricultura (...), pero que las ciencias agrarias nunca reconocieron [léase negaron, marginaron, subalternaron] como parte de sus preocupaciones epistemológicas [desde el lugar de enunciación universal] (LEÓN, 2014, p. 27) ¹⁰.

Con estos argumentos se quiere indicar que la agroecología occidentalizada contiene dentro de ella elementos implícitos que le permitirán desprenderse, hacer ruptura, entrar en desobediencia epistémica con la racionalidad moderna occidental que la constituyó. Como bien pudo verse en los planteamientos de León, en esta agroecología, atrapada por los presupuestos ontoepistémicos occidentales, se encuentran los sujetos colonizados, subalternizados, marginados y heridos por la colonialidad en sus sentires, sus pensares, sus creencias, sus saberes, sus modos de ser, hacer y conocer localizados en los bordes o las fronteras consideradas como lugares otros de enunciación interepistémicos.

En tal sentido, la agroecología a la que se quiere y se debe llegar se encuentra localizada en los bordes o las fronteras y se les denomina agroecologías otras interepistémicas, en razón a que se constituyen por epistemes fronterizas. Es importante aclarar que el término interepisteme se toma prestado de Walsh (2007), quien lo define como la constitución de un nuevo espacio epistemológico en el que los saberes no occidentales y occidentales confluyen

8 Los corchetes son del autor.

9 En el párrafo citado, por ejemplo, cuando el autor condiciona el reconocimiento y la legitimidad de la agroecología como ciencia, directamente a la agronomía tradicional, está asumiendo una notable postura colonial, al ubicar el saber agronómico en un hegemónico lugar de enunciación, desde el cual, como él mismo advierte, *ve con dificultad aceptar*, o no, la emergencia epistémica de la agroecología. Esto, a juicio de este ejercicio crítico, es tan riesgoso como impreciso, ya que la agroecología occidentalizada emergió como consecuencia del giro ecológico de la agronomía tradicional.

10 El énfasis en cursiva y los corchetes son del autor.

en un sentido horizontal, no jerárquico. Sin embargo, el sentido que se le pretende dar a dicho término, en el marco de las agroecologías otras, es distinto ya que estas agroecologías se “centran”, principalmente, en los saberes de los sujetos subalternos para tratar de comprender la multiplicidad de agriculturas que crean y re-crean en sus territorios¹¹. De allí que se pluralice el término agroecología, pues en cada uno de estos pluriversos convergen múltiples agroecologías sustentadas en saberes y prácticas particulares, entendiéndose por particulares ese complejo de saberes y prácticas propias de un grupo de sujetos, a su vez que se comparten con otros sujetos, pues sus mundos agrícolas son creados por saberes y prácticas subalternas antes que por saberes y prácticas occidentales.

De este modo, las agroecologías otras interepistémicas marcan una discontinuidad con la agroecología occidentalizada, al comprender aquellas formas como los sujetos colonizados, subalternos, racializados, crean mundos agrícolas en los que conjugan saberes, espiritualidades, ritualidades, sentimientos, como modos de ser y estar, existir e interexistir, con otros sujetos naturales. Dicho de otro modo, las agroecologías otras se constituyen por los modos de ser, hacer y conocer de los sujetos colonizados, esto es, por las experiencias que estos sujetos viven y las narrativas que construyen al habitar y transformar sus territorios mediante textos agrícolas complejos, circulares; por la multiplicidad de prácticas con las que configuran sus mundos, que dan forma a esos entramados agrícolas que tienen lugar en aquello comúnmente llamado finca; y por los saberes (epistemes) que se acumulan tras “comprender” los lenguajes de la naturaleza, de sus agriculturas, de los sujetos naturales con quienes interexisten en una sola unión, en una sola relacionalidad lejos del dualismo ontológico moderno¹².

Esto puede verse en aquellas agriculturas que tienen lugar en espacios no disciplinados por la racionalidad económica, en tanto no obedecen a estándares técnicos ni están insertas a las lógicas del mercado, sino, más bien, a una profunda afectividad por la

11 Con esto no se pretende ubicar a los saberes tradicionales en el nivel superior y a los occidentales en el inferior, pues ello resultaría a todas luces contradictorio ya que se reproduciría un fundamento típico de la racionalidad moderna occidental.

12 En este punto es importante hacer énfasis en un asunto que no puede pasar por alto, ya que conduciría a las agroecologías otras por la senda de los esencialismos entusiastas, esto es, el hecho de idealizar a los sujetos subalternos como seres que viven en plena armonía con el ambiente natural separados de las lógicas modernas occidentales. Esto no es así toda vez que los sujetos y las comunidades subalternas (salvo algunos casos especiales de comunidades ancestrales que no han sido “contactadas” por el proyecto civilizatorio occidental), han sido “tocadas” por la episteme hegemónica occidental. De una u otra manera, la modernidad ha permeado, en distintos niveles, sus modos de existencia e interexistencia o, dicho en otros términos, la colonialidad los ha atravesado, obligándoles a resistir los embates del discurso mediante la fuerza de sus cosmovisiones, sus símbolos, sus estéticas, sus lenguajes.

tierra. Un ejemplo de esto puede verse en uno de los mundos agrícolas del corregimiento de Coello-Cocora (Ibagué, Tolima), como se muestra a continuación:

Entre los matorrales que caracterizan a [la finca] La Esterlina, Isabel y su cuñada, Blanca Nieves, se apropian de un pequeño espacio el cual simbolizan con una mata de ahuyama y otra de veranera —planta que produce flores con matices rojo y naranja—; signos mediante los cuales configuran un orden estético que armoniza el entorno, dotándolo de sensibilidad, belleza y sentido. La veranera —soportada en trastos de guadua ordenados según la expansión de las ramas— y la ahuyama —planta que se extiende a sus anchas para colonizar el suelo que le autorizan—, están rodeadas de árboles de naranja y matas de plátano, musas paradisíacas que ondean sus hojas por antojo del viento y dan la impresión de saludar a quienes las contemplan. En este pequeño [mundo agrícola] —ubicado junto a la cocina, lugar en el que permanecen estas mujeres gran parte del día—, devienen prácticas agroecológicas como riego y suministro de residuos de cocina, mucílago de café y gallinaza; desechos biológicos que se depositan, principalmente, en el suelo de la ahuyama, considerada por Isabel y Blanca Nieves como el único cultivo que les pertenece, que lo sienten suyo, su cuidado es especial, está inscrito en el conjunto de sus responsabilidades cotidianas. No saben cómo creció allí, a lo mejor de otros residuos de cocina, quizá. Cuando notaron su emergencia adecuaron el suelo para hacerlo propicio a su crecimiento” (LUGO; RODRÍGUEZ; GARCÍA, 2017, p.85)¹³.

Lo mencionado hasta este punto permite considerar que las agroecologías otras abordan las particularidades, por tanto, su constitución debe ser interepistémica en tanto interrelación “entre epistemes” subalternas que se entretajan en los territorios. Esto se entiende mejor si se tiene en cuenta que cada finca, por ejemplo, es un complejo y particular mundo constituido por saberes, prácticas, narrativas, historias, experiencias que se entretajan en, desde y para las agriculturas. Por tanto, cada uno de estos mundos, diferentes entre sí, serían la particularidad sobre la que las agroecologías otras constituirían sus bases interepistémicas. De ahí que su sujeto, no de estudio, sino de comprensión, aproximación, serían los mundos agrícolas, a partir de los cuales se conocerían esas formas otras de ser, hacer y conocer agrícolas, algo que la agroecología occidentalizada ha intentado hacer reduciendo esta complejidad desde métodos occidentales, para enmarcarlos en una rigurosa matriz de sistematización con propósitos economicistas. Como bien se sabe, el método de las ciencias esclarece únicamente estructuras objetivamente dadas (VILLARROEL, 2006); por tanto, la agroecología occidentalizada se centra en esclarecer estructuras como el agroecosistema en tanto dinámica y funcionamiento con plena intencionalidad de

13 Los corchetes son del autor.

manipulación, ordenación, control, manejo, con lo que se “rechaza” o se “deja por fuera” otros horizontes ocultos u ocultados, incluso, por esa estructura objetiva denominada agroecosistema, como por el “ojo” paradigmático del agroecólogo inscrito en esa lógica. De ahí que, desde las agroecologías otras interepistémicas, los saberes, las experiencias, historias, narrativas, prácticas, ritualidades, espiritualidades se resistan al sometimiento y el dominio del método occidental.

La principal razón por la que las agroecologías otras se “centran” en las “entre epistemes” subalternas, es porque desde los saberes subalternos las tramas agrícolas se entretejen en los territorios, más aún si se trata de agriculturas que, “más allá de ser una fuente material de producción para asegurar la reproducción de la familia y la comunidad” (GIRALDO, 2018, p. 80), emergen como sistemas imbricados en los lugares que se habitan y transforman para interexistir. Los saberes occidentales que recrea la agroecología constituida desde la racionalidad moderna no tienen lugar en lo subalterno, a menos que, mediante un proceso de transición (agroecológica) promovido por esquemas institucionales de cualquier orden, lleguen a estos lugares subalternos para reorientar sus agriculturas e insertarlas en la lógica capitalista, lo que estaría en contravía de las cosmovisiones relegadas.

Esta “centralidad” es determinante en tanto que desde la interepisteme o las “entre epistemes” subalternas se les confiere un haber epistémico a las agroecologías otras, lo que permitiría pensarlas como una “ciencia” con una multiplicidad interepistémica que posibilitaría la comprensión de la complejidad connatural de las agriculturas, de los modos de ser y estar en territorios subalternos occidentalizados. Por eso, desde esta perspectiva, no se puede hablar de la agroecología como una ciencia y una práctica singular con pretensiones universales, ya que cada localidad, cada territorio, cada finca, son mundos distintos y complejos soportados en sus propias pluriépistemes. Por tanto, se trataría de una ciencia con un “estilo” distinto al occidental, al de la agroecología occidentalizada, ya que su pretensión no sería generar verdades universales, sino producir y re-producir conocimientos de otro modo. Conviene aclarar que las agroecologías otras no se llevan en clave de transición agroecológica, sino que se descubren, se reproducen, se reencuentran en los mundos de los sujetos subalternos, colonizados y enseñan, una vez más, que hay otros mundos basados en modos subjetivos e intersubjetivos imbricados con las tramas agrícolas.

Lo que se ha hecho en esta sección ha sido mostrar una agroecología que contrasta con la agroecología ubicada dentro de la episteme moderna occidental, para lo cual fue necesaria una mirada desde lo que la decolonialidad denomina como pensamiento

fronterizo, a través del cual, siguiendo a Grosfoguel (s.f.), las epistemologías fronterizas subsumen/redefinen la retórica emancipatoria de la modernidad desde las cosmologías y las epistemologías de lo subalterno, localizado en el lado oprimido y explotado de la diferencia colonial, hacia una lucha por la liberación decolonial por un mundo más allá de la modernidad eurocentrada. En tal sentido, se identificaron elementos epistemológicos que permiten resignificar la agroecología desde las agroecologías otras, emancipándola de la agroecología occidentalizada, para lo cual las epistemes de los sujetos y las comunidades subalternizadas por el proyecto civilizatorio moderno, constituyen su base interepistémica, para pensar en su transición hacia un tipo de “ciencia” con un sentido y una lógica distinta a la cientificidad moderna.

El reto ahora será consolidar las agroecologías otras como la opción decolonial para desentrañarla de la cientificidad moderna o, dicho de un modo diferente, descolonizarla y ponerla en contexto para reproducir los saberes subalternos, mediante los cuales se crean y re-crean tejidos agrícolas como representación de la relacionalidad entre lo humano, lo no humano y lo sobrenatural. Este reto no resulta fácil de asumir si se tiene en cuenta el poderosísimo efecto que tiene el poder colonial para atravesar las estructuras y poner en marcha sus lógicas de control y dominio, como ocurre con las universidades públicas y privadas, lugares en el que las agroecologías otras podrían robustecerse como el paradigma otro que desobedece, rompe, con la episteme moderna y propone formas otras de ver e intervenir sobre la pluriversidad de realidades, pero, como bien se sabe, estas universidades están al servicio de las corporaciones que producen y reproducen el discurso hegemónico de progreso y bienestar.

La posibilidad de pensar en las agroecologías otras interepistémicas como una alternativa a un pensamiento científico, y a una manera de explicar la realidad que se ha tornado hegemónica, a partir de lo expuesto hasta ahora, quedaría incompleta sino se reflexiona en torno a cuál sería, o podría ser, su sujeto de “estudio”. Cabe mencionar que el ámbito en el que la subjetividad y la intersubjetividad se entretajan en, desde y para las agriculturas, se le denominará mundos agrícolas. Lo que se propone, en suma, es que desde las agroecologías otras, estos mundos agrícolas sean comprendidos más que explicados, lo cual implica aproximarse a ellos más allá de la racionalidad moderna occidental. De este modo, se diría que si la agroecología (occidentalizada) aborda al agroecosistema como objeto de estudio, las agroecologías otras constituyen los mundos agrícolas como sujetos de comprensión, a partir de los cuales construye su haber interepistémico.

Frente a lo anterior emergen preguntas como: ¿qué se entiende por comprensión en el contexto de las agroecologías otras? ¿De qué manera y para qué, las agroecologías otras comprenderían los mundos agrícolas? Una posible respuesta a estos interrogantes solamente podría darse en el ámbito de las agroecologías otras, si se tiene en cuenta que éstas, por el simple hecho de constituirse por fuera de la racionalidad moderna occidental, no pretendería elaborar explicaciones de las realidades agrícolas, ni generar marcos teóricos universales, sino comprender las interrelaciones humanas, no humanas y espirituales a partir de las cuales emergen los tejidos agrícolas.

La palabra comprender proviene del latín *comprehendere* que expresa el hecho de entender, percibir el sentido, incluir, abarcar, asir. Comprender es, entonces, un complejo acto de construcción de significados, de sentidos, de representación de todo aquello que se nos presenta complejo, difuso, extraño, ajeno, esquivo, sinuoso, como un texto, un hecho, una situación, una realidad. En el plano de las agroecologías otras, la comprensión se entiende como aproximación, encuentro, descubrimiento, percepción, aprehensión de la complejidad relacional de las tramas agrícolas. Se trata de un tipo de comprensión que no da lugar, en sentido estricto, al contraste, la comparación, medición de una expresión propia de la racionalidad campesina frente a la racionalidad occidental, un símbolo moderno frente a un símbolo no-moderno, una tecnología agroecológica frente a una convencional, pues éstas “operan” en lógicas distintas. De ahí que la comprensión sea sorpresa, enigma, mística, respeto, asombro, frente a las subjetividades humanas y no humanas que se disuelven en la relacionalidad de dichas tramas. También implica renuncia, quietud, desapego, abandono, un no hacer constante frente a los hechos que no pueden entenderse racionalmente, los cuales, como sugiere Giraldo (2013, p.34), “[...] se nos muestran, pero cuando vamos a su encuentro a través de la razón se nos esconden”. Sobre esto, este autor plantea que: “Hay acciones factibles para el mundo técnico, cuestiones que podrían saberse y hacerse, pero que en realidad nos alejan del conocimiento de lo esencial, del asombro, del misterio al que el campesino nos enseña que hay que rendirle culto” (GIRALDO, 2013, p.34).

Según lo planteado, las agroecologías otras se constituyen desde las “entre epistemes” o la multiplicidad de saberes de los sujetos subalternos, pues estos emergen de un hacer y re-hacer constante, de un conjunto de prácticas, intuiciones, ritualidades, experiencias, historias, oralidades, lenguajes a partir de lo cual se constituyen los mundos agrícolas. De acuerdo con esto, se trata de comprender la racionalidad campesina a partir de la cual se erigen los mundos agrícolas, de ahí que las comprensiones que se hagan de estos

mundos bien pueden ser documentadas por los agroecólogos, aunque, naturalmente, no se trataría de escrituras científicas sino, más bien, escrituras otras que hablan de agroecologías otras en mundos agrícolas que convergen en los bordes o las fronteras.

Se deja hasta aquí esta parte de la discusión advirtiendo que éstas son apenas algunas consideraciones de las cuales tendrá que ocuparse la tradición agroecológica, en el urgente proceso de descolonización de la agroecología como ciencia y práctica, para lo cual dichas consideraciones deben ser sometidas a un amplio debate. Lo que se ha hecho hasta ahora, ha sido proponer las bases interepistémicas sobre las cuales podrían constituirse las agroecologías otras, a partir de las cuales es posible comprender en tanto descubrir, percibir, construir, el significado, el sentido, la sensibilidad, de los saberes y los entramados agrícolas que quedan por fuera de los imperativos de la racionalidad hegemónica. Lo que se hará en el siguiente segmento será abordar la dimensión ontológica de las agroecologías otras, en el contexto de los mundos agrícolas, esto es, el sujeto de comprensión de las agroecologías otras, lo que permitirá, entre otros aspectos, una mejor comprensión del alcance y la naturaleza de la comprensión que se ha propuesto en estos últimos párrafos.

La dimensión ontológica de las agroecologías otras. Los mundos agrícolas y nuevas prácticas de intersubjetividad

¿Qué son los mundos agrícolas y bajo qué presupuestos ontológicos y epistémicos se proponen estos como sujetos de comprensión de las agroecologías otras? ¿Por qué los mundos agrícolas son contenedores y generadores de nuevas prácticas de intersubjetividad? A partir de estos y otros interrogantes que puedan surgir a lo largo de estas reflexiones, se orientará la discusión en las siguientes páginas. Como se indicó antes, los mundos agrícolas se proponen como el sujeto mediante el cual las agroecologías otras pueden llegar a comprender, entre otros aspectos, la multiplicidad de saberes y prácticas que se genera en, desde y para las agriculturas; los modos de ser y estar agrícolas o, dicho en otros términos, las interrelaciones entre lo humano, lo no-humano y lo espiritual en una trama de continuidad que disuelve la ontología moderna.

Los mundos agrícolas se entienden como un pluriverso constituido por una continuidad de relaciones e interrelaciones, en la que se diluye la escisión ontológica moderna y se constituyen ontologías relacionales, en tanto que humanos, animales, plantas, cosas, creencias, ritos, deben su existencia “a los procesos de interrelación e

interdependencia" (ESCOBAR, 2015, p. 110), en aquellos lugares donde interexisten. La noción de ontologías relacionales hace referencia a las formas en las que lo humano y lo no-humano interactúan, erigiendo, en este caso, complejas tramas agrícolas, mediadas por una espiritualidad constituida por ritualidades y misticismos mediante lo cual sacralizan sus relaciones con la tierra. En términos concretos, entonces, las ontologías relacionales permiten "descubrir" el "todo relacionado con todo" en los mundos agrícolas, pues éstos, por sí mismos, constituyen dichas ontologías dada la rica trama de interrelaciones que allí convergen sinérgicamente.

Desde las agroecologías otras, los mundos agrícolas pueden ser descubiertos en dos espacios distintos. El primero de ellos comprende al microcosmos llamado finca, aquella totalidad espacial donde el sujeto Agri-Cultor y su familia tejen un entramado agrícola interrelacionado e interconectado entre sí, un paisaje abigarrado de plantas y animales que convergen en una sola relacionalidad, diferente al paisaje fragmentado categóricamente en agroecosistemas, esto es, subsistemas que hacen parte del gran sistema, como sugiere la paradigmática teoría de los sistemas propuesta por la racionalidad eurocéntrica. La finca constituye entonces el ámbito donde el sujeto Agri-Cultor erige mundos agrícolas a partir de símbolos no modernos, como modos de configuración estética, poética y relacional para habitar un mundo con otros, es decir, configuraciones que dan cuenta de la sensibilidad y el afecto entre los sujetos Agri-Cultores y sus tierras, en tanto transformación mutua; de ahí que co-emerja una "relación bi-direccional en donde el Agri-Cultor habita su parcela al tiempo que su parcela habita en él a través de un repertorio de símbolos, rituales y afectos" (GIRALDO, 2018, p. 106). Sobre éstos últimos aspectos se hará referencia en párrafos posteriores.

El segundo ámbito espacial hace referencia a aquellas agriculturas que, aún insertas en los imperativos modernos, constituyen tejidos agrícolas entre los espacios disciplinados y geometrizados para las agriculturas orientadas por la retórica de la modernidad. Esto puede verse, a modo de ejemplo, en algunas fincas de la vereda Coello-Cocora (Ibagué, Tolima), donde el campesino acostumbra abrir "claros" en sembradíos de café, orientados por estructuras del poder colonial como la Federación Nacional de Cafeteros, para establecer en ellos agriculturas como modos de resistencia o r(e)xistencias, como sugiere Arturo Escobar. Se trata de entramados agrícolas coherentes con sus realizaciones subjetivas, más allá de responder a lógicas capitalistas. Para una mejor comprensión de estos planteamientos se muestra lo siguiente:

Desde hace un tiempo don Reynaldo y su familia decidieron interrumpir el encuadre técnico de su cultivo de café, y abrieron un claro superior a los cincuenta metros cuadrados para sembrar frijol, cebolla y acelga, justo en la parte superior del terreno —sin duda, esta decisión sería desaprobada por el riguroso criterio de cualquier técnico gremial—. (...) Don Reynaldo y su familia fertilizan [el suelo] con mucílago de café, hojarasca y otros restos vegetales, y no con los abonos recomendados por el gremio cafetero, los cuales, según les dicen, son permitidos en la agricultura orgánica. El otro claro tiene lugar entre el rastrojo, justo detrás de la casa. Allí siembran, además de cebolla, acelga y frijol, zanahoria, repollo y una gran cantidad de plantas aromáticas entre las que se encuentra el tomillo, el laurel, la ruda y el paico. Este claro también es preparado con las mismas enmiendas orgánicas del anterior, y se permite el crecimiento de la vegetación espontánea para proteger el suelo de los rayos solares y ofrecer alimento a los insectos atraídos por las hortalizas.

Estos claros se constituyen en subterfugios que erige la familia para el re-encuentro con ellos mismos, con su ser y su existir campesino, al permitirles apartarse de los rigurosos protocolos técnicos de siembra y administración del café, instituidos por el cuerpo gremial. Cuando están en las plantaciones de café deben seguir las recomendaciones de los tecnócratas; mientras que en los claros simplemente siguen sus instintos, sus conocimientos, sus espiritualidades y re-crean la agroecología para volver a sus prácticas tradicionales de subsistencia. (...) Estos claros agroecológicos (...) se con-figuran siguiendo el lenguaje de la naturaleza, y no los protocolos diseñados en función de maximizar ganancias y optimizar procesos, en los que el hombre y la naturaleza son considerados como parte de la mercancía (LUGO; RODRÍGUEZ; GARCÍA, 2017, p. 90)¹⁴.

Esto permite afirmar que para las agroecologías otras, el mundo agrícola corresponde a un lugar de encuentro subjetivo e intersubjetivo, en los cuales, mediante saberes y prácticas, se construye una compleja plurirrealidad agroecológica. Es importante tener en cuenta que la agroecología puede hallarse en cualquier lugar: un trasto viejo, una matera, una huerta, en una malla de alambre donde serpentea una planta rastrera de poca importancia comercial, pero de enorme significado familiar, en el conjunto de plantas que crecieron cerca de la casa gracias a residuos de cocina. Los mundos agrícolas son, para las agroecologías otras, “una red de interrelaciones en donde nada existe en forma lineal, determinada y fragmentada como lo creyó la razón occidental” (LUGO; RODRÍGUEZ, 2018, p. 100).

Estas anotaciones permiten apreciar cómo los mundos agrícolas contienen aspectos ontológicos que además de otorgar estabilidad y coherencia a la propuesta de las

14 Los corchetes son del autor.

agroecologías otras, permite resignificar los modos de ser, hacer y conocer cooptados por la agroecología occidentalizada.

Desde las agroecologías otras las agriculturas se entienden como un hacer y re-hacer constante. En la medida en que el sujeto hace (agriculturas) conoce y constituye su ser. Por tratarse de auténticas formas de escrituras y re-escrituras sobre la tierra, los textos agrícolas se constituyen en mundos u ontologías en las que se despliegan relaciones intersubjetivas, esto es, posibilidades de encuentro entre los sujetos humanos, los sujetos plantas y los sujetos animales. El texto agrícola hace del campesino un sujeto Agri-Cultor, como lo sugiere Noguera (2016), un auténtico Cultor que, al inscribir surcos, pliegues y repliegues sobre la piel de la tierra, la habita poéticamente para transformarla y dejarse transformar por ella, erigiendo estéticas para la fecundidad de la vida, para el cuidado de sí mismo y de los otros, humanos y no-humanos. Por ello, hacer agriculturas es un “estar adentro” donde el Agri-Cultor, además de reconocerse, existe e interexiste, al comprender su mundo agrícola, gracias a una sensibilidad por su tierra, sus agriculturas, sus “cosas”. La diferencia entre agricultor y Agri-Cultor sugiere, en cierto modo, un “rescate” de este sujeto de la retórica de la modernidad que lo atraviesa y lo constituye y, a su vez, lo resignifica como el Cultor del agro sobre la tierra que ama y respeta.

Un Cultor que al crear agriculturas crea su propio ambiente o mundo agrícola, por tanto, como todo Cultor, nace de sus obras al tiempo que sus obras agrícolas nacen de él en un auténtico acto poético, toda vez que la poética va más allá de imaginaciones fantásticas, irreales o románticas, como advierte Pardo (1997), y refiere a la inscripción de signos sobre la tierra; signos agrícolas que tatúan (poética) la tierra (geo) para el cuidado y la transformación mutua. De este modo, el Agri-Cultor crea geopoéticas constituidas por tramas agrícolas como formas de grafar sus tierras, sus parcelas, sus mundos agrícolas, en suma, escribe e inscribe en ellas desde sus lenguajes, sus gestos, sus voces en una sola relacionalidad ontológica.

Lo anterior deja ver a las agriculturas como expresiones de las sensibilidades y espiritualidades del Agri-Cultor, pues en ella están contenidas la compasión, la emoción y el encantamiento por la tierra, el afecto por cada ser que entreteje sus agriculturas, la comprensión de los lenguajes de la naturaleza que habita y que representa a través de sus modos de ser, hacer y conocer. De este modo, las agriculturas son posibilidades para el enraizamiento y la morada; esto es, un horizonte complejo donde la existencia humana tiene lugar. De ahí que las agriculturas se entiendan más allá del ámbito técnico productivo,

pues estas están articuladas a las creencias y los modos en que el Agri-Cultor entiende y vive sus “mundos”. Las agriculturas son un llamado al sujeto campesino; una permanente vivencia del llamado que lo invita al encuentro con el sujeto planta y el sujeto animal; un llamado que lo convierte en rehén de sus entramados agrícolas, hasta constituirse en un otro de dichos entramados. Así, las agriculturas son un modo de orientación e invitación a estar siempre dispuesto y en equilibrio consigo mismo para volcarse a ellas. Si no cuida de sí, difícilmente podrá cuidar de sus agriculturas.

Las agriculturas se comprenden, entonces, como modos de transformación de la tierra para configurar espacios de vida y transformación ontológica, pues, como sugiere Giraldo (2013, p. 5), la modificación de la tierra “también afecta el ser de ese ser humano (...), [ya que] se es como se es en cuanto incidencia de dicha modificación”¹⁵. Se trata, entonces, de un constructo ontológico mutuo, pues el Agri-Cultor constituye su ser en relación con el ser del lugar donde mora y transforma, lo que, en términos concretos, se entiende como relacionalidad ontológica en tanto continuidad entre lo humano y lo no-humano.

De acuerdo con esto, el ser del Agri-Cultor está determinado por el ser de la tierra que transforma. La comprensión que el Agri-Cultor hace del lenguaje de la tierra le permite construir agriculturas como un modo de transformación y permanencia en los lugares que habita. Esto ayuda a entender por qué a las agroecologías otras les corresponde “la tarea de develar la ontología misma de la Agri-Cultura”, como dice Giraldo (2013, p. 34), para “desocultar su significado en torno al habitar y permanecer” (p. 34). Esto sugiere que cuando un Agri-Cultor establece texturas constituidas, por ejemplo, por una planta de frijol que se enreda en una de maíz, no sólo acompaña su ser con el ser de la tierra, sino que configura un modo de estar en su cosmos o mundo agrícola.

Tenemos, entonces, que las agriculturas son formas de ser y estar con la tierra, y que el Agri-Cultor es un ser constituido por emociones, afectividades, sentimientos, sensibilidades, creencias, símbolos determinados por la tierra y vinculadas a ella, en la que erige mundos agrícolas para dotar de sentido y significado a su existencia. Es decir que, mediante su trabajo, el campesino traza sentimientos, sensaciones, afectos, incorporados en su propio cuerpo (GIRALDO, 2013). Se trata de un Agri-Cultor que se emociona cuando comprende los lenguajes de la naturaleza y los acompaña a sus inscripciones agrícolas; que percibe e intuye el momento oportuno para la siembra y la cosecha; que conecta sus

15 Los corchetes son del autor.

prácticas con las prácticas de otros sujetos no humanos, por ejemplo, cuando entiende que la telaraña no es un azar, sino una expresión relacional de la complejidad agrícola¹⁶, es decir, que se teje allí como parte constitutiva del ensamble que posibilita las agriculturas. Esto cobra mayor sentido si se tiene en cuenta que “la persona humana [campesino, Agri-Cultor] no es una entidad con propiedades, sino una iniciativa de relaciones con un mundo [agrícola] que elige y por el que es elegido” (VAN MANEN, 2016, p. 229)¹⁷. Por ello, los mundos agrícolas son un modo de afirmación y re-afirmación campesina.

Este Agri-Cultor es un ser que siente dolor por el sufrimiento de su tierra; un ser que deposita en sus creencias y asombros los enigmas de la naturaleza que, lejos de pretender explicarlos, los asume a través del rito y el culto propios de la praxis campesina, la cual, por cierto, se nutre de aquella modalidad de sabiduría para la que vale más la intuición que la exactitud del cálculo (VILLARROEL, 2006). De ahí que el interés de las agroecologías otras no deben ser puramente cognitivo, sino también intuitivo, sensible, místico, poético, enigmático o, dicho de otro modo, comprensivo.

Algunas culturas como el pueblo Nasa, por ejemplo, consideran que la siembra es una práctica ceremonial mediante la cual se rinde culto y respeto a la tierra, toda vez que enterrar la semilla implica genuflexiones que expresan reverencia, adoración y agradecimiento. Otros ejemplos pueden verse en la costumbre campesina de “pedir permiso” a la planta medicinal para arrancar una parte suya, explicándosele que se empleará en el tratamiento a un enfermo; en sentarse al momento de sembrar semillas o plántulas para que no crezcan “demasiado altas”; hablarle a las plantas de la huerta para consentirlas, dado sus efectos en el crecimiento, la resistencia a enfermedades o la producción de frutos y hojas¹⁸. En su suma, se trata de un ser constituido por historias y experiencias arraigadas a sus lugares, a sus tierras, a ese microcosmos llamado mundos agrícolas.

16 Es importante tener en cuenta que la subjetividad no es un atributo exclusivo de lo humano, sino también de lo no humano, cuya subjetividad le fue arrebatada por la modernidad. De este modo, lo humano y lo no humano son cultores vinculados a esa tierra que transforman, que poetizan y de la que son poetizados. Tanto lo humano como lo no-humano se relacionan, para el caso, en y con el mundo agrícola desde su propia subjetividad, lo que sugiere la importante necesidad de comprender “cómo los humanos conciben y representan a los animales y al mundo exterior, [así como] analizar la manera en que estos ven el mundo y representan a los humanos” (RUÍZ; DEL CAIRO, 2016, p. 199); algo que, sin duda, debe ser interés de las agroecologías otras interepistémica dada la complejidad relacional de los mundos agrícolas. Los corchetes son del autor.

17 Los corchetes son del autor.

18 Estas prácticas han sido observadas por el autor en la finca El Evenecer en la vereda el Silencio, municipio del Líbano (Tolima, Colombia) propiedad de don Wilson y doña Marleny.

Otro importante aspecto que las agroecologías otras comprenden desde los mundos agrícolas, son las dimensiones temporales sobre las que se inscriben las agriculturas, esto es, la linealidad y la circularidad¹⁹. Para Mignolo (2016), la linealidad temporal es una ficción epistémica occidental, por lo que se volvió un concepto fundamental en la colonialidad en general, pues el presente, dice el autor, se describió como moderno y civilizado; el pasado como tradicional y bárbaro; el futuro, los futuros, se conciben como la espera de una situación de progreso y bienestar. En contraste con esto, la circularidad del tiempo consiste en un proceso cíclico que no está determinado por un comienzo y un final, todo es un ciclo que ni termina ni evoluciona, simplemente se repite y es continuo, como el ciclo del agua, por ejemplo.

Lo anterior permite entender que las agriculturas, promovidas en este caso por la agroecología occidentalizada, están inscritas en una linealidad temporal, como puede verse en la noción de agroecosistema. Por su parte, en muchos territorios del Sur Global, de los lugares periféricos, los sujetos subalternos erigen tramas agrícolas imbricadas a la circularidad de la naturaleza, por lo que “ese mundo vivido es cíclico y no lineal, porque año tras año, vuelta tras vuelta, existe la certeza de que la naturaleza volverá a proporcionar el sustento a la familia” (GIRALDO, 2018, p. 79). La linealidad temporal en la que la agroecología occidentalizada inscribe los agroecosistemas, implica un aceleramiento permanente, una “marcha a toda prisa” en función del rendimiento y las ganancias, por lo que se acude a prácticas que aceleren el crecimiento, la floración, la producción, la cosecha e incluso la poscosecha. Mientras que, desde las agroecologías otras, se comprende el sentido de la lentitud como acto inherente a los sujetos plantas y los sujetos animales, esto es, el “tiempo” que se toman para alcanzar la plenitud sin necesidad de estímulos externos. Esto es algo a lo que la racionalidad campesina e indígena atribuyen culto y misticismo, pues la lentitud y la “larga espera”, lejos de ser problemas que implican soluciones técnicas, se constituyen en una “oportunidad” para el vínculo afectivo, que se erige a través del cuidado y la protección entre lo humano y lo no humano.

Por último, se diría que las dimensiones temporales en las que se inscriben las agriculturas conllevan a generar saberes en función de las mismas. Así, la agroecología occidentalizada genera un corpus de conocimiento científico para erigir agroecosistemas

19 La linealidad es un rasgo particular de la cosmovisión cristiana, al entender que hubo un inicio en el que Dios creó al mundo y que, por tanto, habrá un final apocalíptico. La linealidad del tiempo resultaría oportuna para la idea de progreso y bienestar de la cosmovisión occidental, al considerar que en la medida en que el tiempo avanza, se progresará hacia algo mejor.

lineales, mientras que los sujetos subalternos, pese a la advertencia que se hizo en el párrafo anterior, al entretener sus agriculturas en correspondencia con la ciclicidad de la naturaleza, acumulan y generan saberes, prácticas, narrativas, experiencias o, dicho de un modo concreto, modos de ser y estar articulados a la complejidad biológica de sus espacios de vida. Por ello, las cosmovisiones no occidentales difieren de la hegemónica cosmovisión occidental, lo que obliga, por cierto, a pensar el contexto y los términos en que podría efectuarse el pretendido diálogo (encuentro y des-encuentro) de saberes.

Esto último robustece, en gran medida, la idea de que las agroecologías otras deben centrarse en la multiplicidad de epistemes subalternas localizadas en las periferias, en los bordes o, lo que es lo mismo, en las fronteras del pensamiento occidental. Sin lugar a dudas, la relación entre ambas dimensiones del tiempo ha conllevado a una permanente tensión y conflicto, ya que, siguiendo a Giraldo (2018), muchos sujetos y comunidades subalternas están en permanente interrelación con los mercados modernos, por lo que se crean sincretismos complejos de discernir, pues si bien muchas comunidades subalternas constituyen sus modos de ser y de estar desde perspectivas temporales lineales, debido al “atravesamiento” epistémico occidental, es bastante común hallar prácticas y rituales en, desde y para las agriculturas inscritas en la dimensión circular, las cuales se constituyen a partir de los ciclos de la naturaleza y de la espiritualidad con la tierra, lo cual no puede reducirse a la linealidad temporal.

Un ejemplo de esto pueden ser las agriculturas mandálicas, promovida por algunas organizaciones como la Universidad Escuela de la Región Tropical Húmeda (EARTH). Mandala, en sánscrito, significa círculo sagrado de energía vital del universo. En términos generales, esta práctica consiste en aplicar el principio de mandala en las agriculturas, mediante un diseño circular que permita el flujo y la circulación de la energía entre las plantas y los animales. De este modo, la EARTH propone una siembra mandálica con nueve anillos de cultivos alrededor de una poza de agua, imitando al sistema solar con nueve planetas. La poza funciona como el sol, el centro energético del sistema que provee energía mediante la irrigación de agua²⁰. Si bien los mandalas son representaciones del budismo, es común encontrar agriculturas similares en culturas indígenas y campesinas colombianas, como ocurre, por ejemplo, con el huerto mixto del pueblo ingano asentado en el parque *Alto Fragua Indi Wasi (Caquetá)*, cuyo diseño obedece a una circulación energética permanente. Lo mismo ocurre con algunas prácticas campesinas alrededor de la huerta casera.

20 Para ampliar esta información se recomienda visitar el sitio web Universidad Eart (2013).

Estas anotaciones permiten comprender, una vez más, el contraste con la imagen paradigmática que la agroecología occidentalizada retrata de las agriculturas, al inscribirlas en un agroecosistema constituido en la dualidad moderna. Esto es un mundo, de plantas y animales, objetivado, cognoscible, ordenado, lineal, a partir del cual se constituyen sujetos cooptados, alejados de sus prácticas, estilos, historias, de sus sensibilidades, emociones, afectividades, ritualidades, de sus símbolos “tradicionales” y sus saberes. En suma, sujetos instrumentalizados que operan como administradores de unas agriculturas desligadas, desvinculadas de la naturaleza y, por tanto, dependientes de aquello que la naturaleza no puede “ofrecerles” dada la racionalidad técnica que las sustenta: insumos químicos de síntesis.

Si el ser del Agri-Cultor se constituye mediante el ser de la agricultura y de la tierra, entonces la agroecología occidentalizada constituye subjetividades congruentes con sus agriculturas paradigmáticas, es decir, “seres competitivos, destructivos, solitarios, desconfiados. Seres extraviados de la tierra y sometidos al engranaje de un sistema industrial que devasta las complejas tramas de la vida” (GIRALDO, 2013, p.15). Esto evoca la imagen de un tipo de sujeto “productor”, que ordena su realidad como un hecho natural, como una forma de ser de las cosas.

Se trata de un sujeto colonizado que diseña, maneja y evalúa agroecosistemas orientado por un saber científico que, por tanto, asume como superior a sus conocimientos, una realidad que le sugiere seguir las recomendaciones técnico-científicas antes que orientarse por su acervo de conocimientos. Estas anotaciones permiten insistir, una vez más, que el “encierro” de las agriculturas en la idea de agroecosistema, implica la constitución de una subjetividad en correspondencia con la racionalidad técnico-científica dualista de la agroecología occidentalizada, pues ese Agri-Cultor es desapartado de su subjetividad, sus percepciones, creencias, expresiones, instintos, misticismos, rituales en, desde y para las agriculturas, al ser reducidas estas a un simple trozo de plantas y animales (agroecosistema) ordenado linealmente para efectos de la productividad y la sostenibilidad.

Lo dicho hasta ahora permite entender que la forma como las agroecologías otras aborda la ontología del Agri-Cultor y de las agriculturas, hace que éstas confieran otros sentidos a los modos de ser y estar en el territorio. Dicho de otro modo, las agroecologías otras no sólo constituyen subjetividades de un modo distinto a la racionalidad técnico instrumental de la agroecología occidentalizada, sino que abordan las agriculturas como un acto constitutivo del ser Agri-Cultor, mediante el cual configuran mundos agrícolas u ontologías relacionales donde el “interser” se da a plenitud, puesto que “nada existe por

sí sólo, todo interexiste" (ESCOBAR, 2013, p. 20). Esto ayuda a entender de una manera más ilustrativa, que la constitución del ser del Agri-Cultor, a partir del ser de las agri-culturas y el ser de éstas a partir del ser del Agri-Cultor, no es más que un interser determinado por la interexistencia que se da en el plano relacional de lo humano, lo no humano y lo espiritual.

De acuerdo con lo anterior, podría decirse que las agroecologías otras, más allá de constituir modos de ser y estar, descubren, promueven, rescatan los vínculos afectivos que el Agri-Cultor, inscrito en los bordes de la episteme moderna, establece con la tierra a partir de sus agriculturas. Estos modos de ser y estar se mantienen "apartados" de la racionalidad técnico instrumental de las agroecologías occidentalizadas, lo cual se entiende como un "siendo estando" y un "estando siendo" en la tierra desde lo sensible, lo afectivo, lo emocional y lo enigmático a través de las agriculturas. Esto no significa, por cierto, que los sujetos Agri-Cultores se encuentren permanentemente desvinculados de nichos modernos como el mercado. Todo lo contrario, pues estos sujetos construyen sus mundos agrícolas articulados, en diferentes grados de complejidad, a los mercados para introducir en ellos sus propios símbolos: el huevo y la gallina de campo y la cebolla orgánica, sólo por mencionar algunos ejemplos.

Si bien los Agri-Cultores y las comunidades subalternas no pueden idealizarse como el modelo de vida perfecto, hay que reconocer en éstos una profunda diferencia con las representaciones que la ontología moderna occidental hace de la relación entre el hombre y la naturaleza, en tanto naturaleza sometida al dominio de la cultura. Como indica Giraldo (2018, p.78), estas diferencias ontológicas "se expresan en prácticas agrícolas y acuícolas donde el discurso racional y la lógica productivista no orientan la manera de habitar el mundo". Esto se refiere a saberes, prácticas, experiencias, historias, narrativas que se entretejen al coexistir con la naturaleza en una sola relacionalidad, en la que, como se ha mencionado insistentemente, la racionalidad occidental no encajaría.

De allí que los mundos agrícolas se constituyan en "escenarios potenciales" para que las agroecologías otras visibilicen la multiplicidad de ontologías no modernas, encarnadas en sujetos Agri-Cultores y agriculturas subalternizadas, mediante las cuales emergen modos de ser y estar que no pueden ser comprendidos, ni estudiados, ni orientados por la racionalidad técnico instrumental de la agroecología occidental. Tales "escenarios" serían los ambientes propicios para que las agroecologías otras consoliden y pongan en marcha su accionar ontológico y epistémico, ya que donde la agroecología occidentalizada "sólo ve" espacios disciplinados para el diseño de agroecosistemas, constituidos por

saberes y subjetividades hegemонizadas, las agroecologías otras descubren ontologías relacionales constituidas por una rica trama de subjetividad e intersubjetividad, orientadas por un sentido de desobediencia frente a las prácticas hegemонizadoras. De esta manera, los mundos agrícolas vendrían a ser un sujeto de comprensión que transgrede la concepción científica moderna, y abre las puertas a otras formas de comprender el “siendo-estando” y el “estando-siendo” agrícola. Estas consideraciones permiten afirmar que, mientras los mundos agrícolas son encubiertos por la agroecología occidental, éstos son descubiertos por las agroecologías otras interepistémicas.

Consideraciones finales

A lo largo de este análisis, pero de manera especial en el último segmento, se ha pretendido mostrar a las agroecologías otras interepistémicas como un posible campo de conocimiento, que emerge en el pensamiento fronterizo, en contraposición a la agroecología occidentalizada, así como, plantear algunos posibles referentes epistemológicos y ontológicos sobre los cuales dichas agroecologías podrían “constituirse”. Esto último se expuso desde la perspectiva de los mundos agrícolas, propuestos como el ámbito relacional al que las agroecologías otras se aproximan para comprenderlos y, a partir de estos, orientar sus fundamentos epistémicos y ontológicos.

No obstante, conviene precisar que estas anotaciones, lejos de estar acabadas, requieren de un amplio debate, así como de “evidencia empírica”, para lo cual se hace necesario un diálogo en torno a la descolonización de la agroecología, su desprendimiento de la episteme moderna y su ubicación en las fronteras de la misma, iluminada por la multiplicidad de saberes y prácticas de subjetividad e intersubjetividad que tienen lugar en la colonialidad; lo que, en suma, conllevaría al giro otro de la agroecología.

Si bien estas líneas se convierten en un ejercicio inicial que puede ofrecer algunas pistas clave, es importante que la tradición agroecológica se “ponga a la tarea” de hacer una pausa para volver la mirada a las tradiciones refugiadas en los bordes o las fronteras y que tantas contribuciones, desde las agroecologías otras, pueden hacer a la crisis ambiental actual, si se tiene en cuenta que el propósito de las agroecologías otras es mirar hacia lo que Leff (2014, p. 286) describe como “[...] otras maneras alternativas de entender la realidad, la naturaleza, la vida humana y las relaciones sociales; diferentes formas de construir la vida humana en el planeta que habitamos”, en este caso, alrededor de las agriculturas o, mejor aún, desde los mundos agrícolas.

En este orden de ideas, a partir de lo expuesto en este escrito, se espera haber ofrecido algunos argumentos iniciales que sirvan como referente para el complejo y extenso debate sobre la materia que nos concierne a los agroecólogos y a la tradición agroecológica en su conjunto, de lo contrario, podría ser probable que la agroecología continúe atada a las lógicas de la modernidad, mientras que el sentido de la misma podría seguir convergiendo en los bordes o las fronteras.

BIBLIOGRAFÍA

ALTIERI, M. A. ¿Por qué estudiar la agricultura tradicional? **Revista de CLADES**, n. 1, 1991. Disponible en: <https://ecaths1.s3.amazonaws.com/sociologiaagraria/TP2apunte1.pdf>. (En 16-11-2021).

BELTRÁN, Y. Violencia epistémica en la protección de los conocimientos “tradicionales”. **Ciencia Política**, v. 12, n. 24, p. 115-136, 2017.

ESCOBAR, A. **Cultura, ambiente y política en la antropología contemporánea**. Colombia: Instituto Colombiano de Antropología. Ministerio de Cultura. 1999.

ESCOBAR, A. En el trasfondo de nuestra cultura: la tradición racionalista y el problema del dualismo ontológico. **Tabula Rasa**, Colombia, n.18, p. 15-42, 2013.

ESCOBAR, A. **Territorios de diferencia**. Lugar, movimientos, vida, redes. Traducción de Eduardo Restrepo. Colombia: Editorial Universidad del Cauca. 2015.

GIRALDO, O. Hacia una ontología de la agri-cultura en perspectiva del pensamiento ambiental, **Polis. Revista Latinoamericana**, Chile, n. 34, p. 95-115. 2013.

GIRALDO, O; ROSSET, P. La agroecología en una encrucijada: entre la institucionalidad y los movimientos sociales. **Guaju – Revista Brasileira de Desenvolvimento Territorial Sustentável**, v.2, n.1, p. 14-37, 2016.

GIRALDO, O. F. **Ecología política de la agricultura**. Agroecología y posdesarrollo. México: Colegio de la Frontera Sur. ECOSUR. 2018.

GROSFOGUEL, R. De Aimé Césaire a los zapatistas. En: DUSSEL, E; MENDIENTA, E; BOHÓRQUEZ, C. (Editores). **El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino” [1300-2000]**. Historia, Corrientes, Temas, Filósofos. México: Siglo veintiuno editores. 2011. p. 673-682.

LEFF, E. **La apuesta por la vida**. Imaginación sociológica e imaginarios sociales en los territorios ambientales del sur. México: Siglo XXI editores. 2014.

LEÓN, T. **Perspectiva ambiental de la agroecología**. La ciencia de los agroecosistemas. Colombia: Instituto de Estudios Ambientales –IDEA. Universidad Nacional de Colombia. 2014.

LUGO, L. J. **Agroecología y pensamiento decolonial**. Las agroecologías otras interepistémicas. Colombia: Sello Editorial de la universidad del Tolima. 2019.

LUGO, L. J; RODRÍGUEZ, L. H. El agroecosistema ¿objeto de estudio de la Agroecología o de la Agronomía Ecológizada? Anotaciones para una tensión epistémica. **Revista Interdisciplina**, México, v. 6, n. 14, p. 89-112, 2018.

LUGO, L. J.; RODRÍGUEZ, L. H.; GARCÍA, N. **Agroecología**. Otra mirada. Críticas, ideas y aproximaciones.

Colombia: Sello Editorial de la universidad del Tolima. 2017.

MIGNOLO, W. **Historias locales/diseños globales**. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. España: Ediciones Akal. 2000.

MIGNOLO, W. **Hacer, pensar y vivir la decolonialidad**. Textos reunidos y presentados por comunidad psicoanálisis/pensamiento decolonial. México: Borde Sur. Ediciones Navarra. México. 2016.

RUÍZ, D; DEL CAIRO, C. Los debates del giro ontológico en torno al naturalismo moderno. **Revista de Estudios Sociales**, Colombia, n. 55, p. 193-204, 2016.

SANTOS, B. S. Introducción: las epistemologías del sur. En: CIDOB. **Formas-Otras**. Saber, nombrar, narrar, hacer. Barcelona, España: Colección monografías. CIDOB Ediciones. 2011. p. 9-22.

SARANDÓN, S. J.; FLÓRES, C. (2014). La Agroecología: el enfoque necesario para una agricultura sustentable. En: SARANDÓN, S. J.; FLÓRES, C. **Agroecología**: bases teóricas para el diseño y manejo de Agroecosistemas sustentables. (Eds). Buenos Aires, Argentina: Editorial de la Universidad de la Plata, 2014. p. 42-69.

UNIVERSIDAD EART. **Un círculo perfecto**: agricultura Mandala. Agosto 2013. Disponible en: <https://www.earth.ac.cr/es/feature/un-circulo-perfecto-agricultura-de-mandala/>. Acceso el 13 abril. 2021.

VAN MANEN, M. **Fenomenología de la práctica**. Métodos de donación de sentido en la investigación y la escritura fenomenológica. Traducción de Juan C. Aguirre García, Luís G. Jaramillo Echeverry. Popayán, Colombia: Universidad del Cauca. Sello Editorial, 2016.

VILLARROEL, Raúl. **La naturaleza como texto**: Hermenéutica y crisis medioambiental. Santiago, Chile: Editorial Universitaria. 2006.